

PANTEÓN *postclásico*



Universidad Tecnológica de El Salvador
Museo Universitario de Antropología, MUA

Exposición abierta al público del 17 de octubre al 17 de noviembre del 2012.



708.972 84

M986p Museo Universitario de Antropología (MUA), Universidad Tecnológica de El Salvador

sv Panteón postclásico / Museo Universitario de Antropología ; coordinador Ramón Rivas ; fot. y diseño gráfico Rita Araujo de Méndez ; rev. Noel Catro. -- 1a. ed. -- San Salvador, El Salv. : UTEC 2012.

48 p. : il. ; 20 x 21 cm

ISBN 978-99923-21-83-6

Exposición abierta al público del 17 de octubre al 17 de noviembre de 2012.

1. Antropología indígena-Catálogos. 2. Museos antropológicos (El Salvador)-Catálogos. I. Título.

BINA/jmh

PANTEÓN
postclásico



Descubriendo el período postclásico mesoamericano

La exposición que en esta oportunidad ofrece el Museo Universitario de Antropología, MUA, de la Universidad Tecnológica de El Salvador, titulada “Panteón postclásico”, es de singular importancia, ya que a través de esta colección arqueológica nos remontarnos al pasado para escudriñar la cultura y sociedad de los nahua-pipiles desde sus figuras y símbolos religiosos. Se trata de los pueblos que habitaron esta zona del continente conocida como Mesoamérica.

Es por medio de referentes arqueológicos de los pueblos nahua-pipiles, datados en lo que conocemos como el período postclásico (850 a 1523 d.C.), y basándonos en estudios, que ahora se sabe que dicho período se trata, sin más, de la última etapa del desarrollo independiente de la civilización mesoamericana autóctona.

Las investigaciones nos ofrecen abundante material para afirmar que los otros períodos y el inicio del postclásico de la cronología mesoamericana varían en el tiempo, aunque se suele señalar la caída de las ciudades-Estado del epiclásico[1] del centro de Mesoamérica como el principio del aquel.

Sin, embargo, se constata que en todas las áreas de Mesoamérica ocurrió un proceso de deterioro de las hegemonías regionales del clásico, que concluyó con el abandono de las grandes metrópolis. En el caso de México, por ejemplo, tenemos a Monte Albán en Oaxaca; y en lo que hoy es Guatemala,

tenemos las ciudades mayas de las tierras altas. Por otra parte, se sabe que el norte de Mesoamérica fue escenario de un desastre ecológico que implicó el abandono completo de esa región. Ante estos hechos, las migraciones fueron un fenómeno que marcó el inicio del postclásico. Estos cambios sociales, que marcaron a los pueblos mesoamericanos, ocurrieron entre los siglos VIII y X de nuestra era, es decir, d.C.[2]

El final del postclásico ocurrió con la llegada de los españoles, hacia la segunda década del siglo XVI. A partir de entonces ocurrió un proceso de transculturación que remodeló las culturas indígenas y sentó las bases de las culturas mestizas de México y Centroamérica.

En siglos pasados se solía presentar al postclásico como una época dominada por Estados bélicos, en oposición con los pacíficos Estados del clásico. Las nuevas interpretaciones de las evidencias arqueológicas sobre varios pueblos del clásico —es el caso de los teotihuacanos y mayas— ha dejado claro que la guerra también fue una actividad importante entre esas sociedades. Es especial la imagen de los mayas, a los que se solía imaginar como un pueblo gobernado por sacerdotes entregados a actividades intelectuales.[3]

En la actualidad, aunque se reconocen las diferencias entre las sociedades mesoamericanas clásicas y postclásicas, la oposición entre Estados militaristas

y Estados teocráticos ha dejado de tener validez explicativa. Por lo menos esa es la interpretación de los arqueólogos.

Al especificar así, sabemos ahora que durante el período postclásico gobiernos regionales llegaron a ser altamente segmentados y comercialmente orientados. Se enfatizó en los desarrollos de las “grandes casas”, las redes de cuartos y cortes encerradas idealmente hechas no solo para fiestas reales, que fue una parte integral para la formación de las alianzas de larga distancia, sino también para la proliferación de un nivel desigual de arte y producción de cerámica. Fue entonces que la competencia para el acceso a las redes de intercambio de elites llegó a ser tan pronunciada que los alfareros y comerciantes fueron conducidos para buscar los más raros y exóticos materiales para aumentar al máximo el valor de sus regalos. La tecnología para derretir oro, la plata y el cobre fue introducida por Sur y Centroamérica, mientras que la turquesa minada en el suroeste de América se intercambió por el plumaje de guacamayos de colores escarlata. Nunca antes la economía de Mesoamérica fue expuesta a materiales tan raros y de lugares tan remotos.

Los nahua-pipiles que persisten hoy en día en nuestro país emigraron en el siglo X de nuestra era desde Tula; desastres sociales y naturales fueron los motivos; y en grupos pequeños y grandes, a lo largo de muchos años, fueron llegando a lo que hoy conocemos como Centroamérica; y como sucede en la

historia, precisamente aquellos pueblos que llegan a un nuevo lugar ansiosos por sobrevivir, poco a poco fueron desplazando a las poblaciones ya existentes y edificaron sus centros poblacionales casi siempre sobre los lugares que ya otros pueblos habían vivido.[4] En nuestro país, año 2012, la persistencia nahua-pipil en el occidente sufre los avatares de la despiadada conquista y colonización, y del total desprecio del que esta gente fue víctima a lo largo de su existencia. Cruel fue eso, pues me atrevo a decir que muchos de los actuales salvadoreños llevamos sangre nahua-pipil.

No obstante, en el actual México, sabemos que los nahuas son el grupo etnolingüístico más numeroso.[5] Sin embargo, no se puede hablar de un solo grupo nahua, ya que está constituido por diversos pueblos que comparten una misma lengua, pero que culturalmente presentan particularidades debido, en gran medida, al medio en que habitan y a los procesos históricos que han experimentado. Sí hay que decir que la antigüedad de estos grupos en territorio mesoamericano ha sido largamente debatida por los lingüistas y otros especialistas. Unos consideran que los nahuas están presentes en Mesoamérica desde épocas tan tempranas como el preclásico medio. Aún así, las propuestas más sólidas sugieren una antigüedad de hace unos mil quinientos años. Pertenecientes a la familia lingüística yuto-azteca, los nahuas emigraron del norte del país, es decir, de Tula. En el postclásico los tenemos asentados en varias ciudades de la cuenca de México, especialmente

en México-Tenochtitlán. Los mexicas fundaron un Estado conquistador que les permitió extender la lengua náhuatl a otras regiones de Mesoamérica. Ahora bien, sabemos que fueron ellos quienes recibieron uno de los mayores impactos de la conquista militar y espiritual de los españoles, lo que se ve reflejado en la cultura actual de los distintos pueblos nahuas. Sin embargo, el origen de los distintos grupos nahuas que existen hoy día en diversos Estados y regiones no proviene de un solo grupo —los mexicas—, sino fueron varios los pueblos de filiación nahua que se asentaron en diversas regiones del país, reproduciendo en cada una formas culturales específicas, teniendo como único vínculo el de la lengua.

El estudio de la cultura de estos pueblos es sumamente impresionante; y los restos arqueológicos que hoy este museo ofrece son fresco reflejo de cómo ellos sentían, practicaban y elaboraban objetos a los que agregaban un profundo contenido simbólico.[6]

Esta es una exposición que, sin lugar a dudas, inducirá a neófitos y profesionales a interesarse más por nuestro rico pasado prehispánico.

Referentes bibliográficos

- [1] El período epiclásico mesoamericano, o clásico tardío, es el comprendido entre los años 650 y 1000 de nuestra era, con la posterior conformación de las sociedades del postclásico.
- [2] Véase al respecto, Jiménez Moreno, Wigberto, (1959), “Síntesis de la Historia Precolteca de Mesoamérica” en Cook, Carmen y Raúl Noriega (Coord.), *Esplendor del México Antiguo*, tomo II, 1019-1063, México.
- [3] Véase al respecto. Thompson J. Eric S. (1995), *Grandeza y decadencia de los mayas*. Fondo de Cultura Económica, México. Reimpresión.
- [4] Austin Alfredo López y Leonardo López Luján, (1996), *El pasado indígena*, México, Fondo de Cultura Económica / El Colegio de México/ Fideicomiso Historia de las Américas, (Serie Hacia una Nueva Historia de México).
- [5] Pohl John M. D. (1999). *Exploring Mesoamerica*. Nueva York: Oxford University Press.
- [6] Garibay Ángel, (1965), *Teogonía e Historia de los mexicanos*. Editorial Porrúa, También López Luján, Leonardo, (1996), *El pasado indígena*. FCE.

Dr. Ramón D. Rivas

Director

Museo Universitario de Antropología, MUA
Universidad Tecnológica de El Salvador

San Salvador, 17 de octubre de 2012

El postclásico y su paisaje ritual

Durante el siglo IX, en tierras mesoamericanas, se suscitó un masivo movimiento migratorio de grupos de habla *nahuat*, un dialecto del idioma nahua de la familia uto-azteca. Este fenómeno migratorio es considerado como uno de los mejores ejemplos de movimiento de población a gran escala en la historia cultural del Nuevo Mundo. Los protagonistas de esta migración diaspórica fueron los *pipiles*, quienes emigraron desde México hasta tierras centroamericanas, desarrollando representaciones colectivas y practicándolas en patrones conductuales y cognitivos a través de sus rituales, conformando de esta manera una particular cosmogonía. [1]

Aunque es difícil establecer una fecha exacta de la llegada de los grupos nahua-pipil a Centroamérica, existe evidencia lingüística, histórica y arqueológica que indica una fuerte migración pipil durante el postclásico temprano (900-1200 d. C.). Para 1524, es decir, en el período de la Conquista, los grupos nahua-pipiles se encontraban localizados en el sureste de la costa pacífica centroamericana, el sureste de las tierras altas de Guatemala y, específicamente, en la parte central y oeste de El Salvador.

Las migraciones de los grupos nahua-pipiles a tierras centroamericanas generaron cambios en diferentes aspectos culturales. Particularmente en El Salvador, a esta época se la denomina como Fase Guazapa [2], la cual se caracteriza por la ubicación y la arquitectura estratégicamente defensiva. Dentro de los sitios que se afilian a los grupos nahua-pipiles de la

Fase Guazapa destacan Cihuatán, Las Marías, Igualtepeque, Azacualpa, Isla El Cajete, Cerro de Ulata, El Panteoncito, Jicalapa, Miramar, entre otros. Asimismo, es posible que estos asentamientos fueran construidos en el pasado por grupos nahua-pipiles que no solamente aprovecharon los recursos ambientales y topográficos de la zona, sino también se beneficiaron de posibles recursos simbólicos que el paisaje local les ofreció. Probablemente la apropiación y modificación del paisaje esté asociada con una emulación simbólica de los nahua-pipiles en relación con su lugar de origen, teniendo el objetivo de preservar su identidad y desarrollar prácticas culturales que los diferenciaron de los demás grupos culturales contemporáneos. [3]

Sin embargo, uno de los cambios más relevantes durante el periodo postclásico fue la introducción de diversas deidades creando un panteón nahua, el cual permitió importantes cambios en la religión, la ideología, la cosmovisión y la apropiación simbólica de paisajes para transformarlos y construirlos en paisajes culturales. Dentro de las principales deidades de ese panteón, que conformaban el paisaje ritual de los sitios de la Fase Guazapa, destacan Xipetotec, o “Nuestro señor el desollado”; Tlaloc, o “dios de la lluvia”; Mictlantecuhtli, o “Señor del inframundo”; y Huehuetotl, o “dios viejo”, entre otros. Los diferentes rituales asociados con el panteón nahua desarrollaron una cohesión entre religión y sociedad, permitiendo a los grupos sociales la apropiación simbólica de paisajes,

creando un paisaje ritual a través de la construcción y consolidación de su propia cosmovisión.

El fenómeno de las migraciones nahua-pipil continúa planteando diferentes interrogantes relacionados con las razones que motivaron a estos grupos a emigrar en diferentes oleadas durante los periodos epiclásico y postclásico, y cuáles fueron las razones socioculturales que originaron la adopción, apropiación y transformación del particular paisaje de la Fase Guazapa en el actual territorio salvadoreño. Con respecto a las razones que motivaron a los grupos nahua-pipiles a emigrar desde tierras mexicanas hasta la costa pacífica centroamericana, probablemente el modelo de una diáspora migratoria sea el que más se aplica, el cual sostiene que las comunidades dispersas “periféricas” mantienen una memoria, o un mito, acerca de su tierra natal o tierra de origen “centro”; al mismo tiempo ven su hogar ancestral como un lugar de eventual retorno; un lugar para mantener o restaurar. Los grupos nahua-pipiles mantuvieron una fuerte memoria y en los materiales culturales, en el patrón de asentamiento, en la apropiación del paisaje y, sobre todo, en la veneración a deidades que conformaban el panteón nahua.

Referentes Bibliográficos

- [1] Fowler, William Jr. (1989), *The Cultural Evolution of Ancient Nahu Civilizations: the Pipil-Nicarao of Central America*. University of Oklahoma Press, Norman.
- [2] Fowler, William Jr. (1981) *The Pipil-Nicarao of Central America*. Ph.D., dissertation. University of Calgary.
- [3] Escamilla, Marlon V. (2011) *La Costa del Bálsamo durante el postclásico temprano (900-1200 d.C.): una aproximación al paisaje cultural nahua-pipil*. En *La Universidad* 14-15, pp. 67-89, Editorial Universitaria, Universidad de El Salvador.

Marlon V. Escamilla,
Arqueólogo
Escuela de Antropología
Universidad Tecnológica de El Salvador

Observaciones generales sobre la cerámica del período postclásico

Sin duda, uno de los aspectos más interesantes de la historia de El Salvador es lo que muchos investigadores llaman época prehispánica, y que se extiende desde el año 3,400 a. C. hasta el año de 1524 d. C. En este lapso de más o menos 4,000 años, surgen diferentes culturas que tienen su génesis, esplendor y decadencia a lo largo de los tres grandes períodos que comprenden el preclásico, clásico y el postclásico.

Fueron muchos los campos, en los que estas antiguas civilizaciones alcanzaron verdaderos logros, entre los que destacan productos culturales como la cerámica, que lleva ya miles de años en haber sido creada. Esta producción de artefactos cerámicos permanece continua entre los pueblos mesoamericanos de la época prehispánica hasta la actualidad. Sus actuales descendientes aun conservan algunos de las antiguas técnicas de decoración y producción.

En el período preclásico, que se extiende desde el año 1200 a. C., al 350 antes de Cristo surgen algunos tipos de artefactos cerámicos, en un primer momento, de formas sencillas como cuencos u ollas, con escasa decoración incisa; sin duda, una de las técnicas de decoración más antiguas ya que el ser humano debe haber empleado primeramente, para realizarla, sus propias manos, uñas e instrumentos primitivos para producir los surcos y líneas que caracterizaron a estos artefactos de barro de principios del preclásico. La libertad de formas e incisos, muchas veces rayana en el capricho artístico, es otra de las características de la cerámica de este tiempo; así lo

vemos en la cerámica *negativo Usulután*, que se caracteriza por su variedad de formas, sus líneas crema sobre fondo naranja y su superficie altamente bruñida aparentando un vidriado.

Durante el período clásico, la cerámica se vuelve mucho más policroma e iconográficamente mas variada, tal es el caso de los tipos *Copador*, *Salúa*, *Arambála*, *Gualpopa* y *Quelepa*, entre otros, en los cuales destaca el gusto por una línea caligráfica, así como una tendencia a imitar la escritura de la cultura Maya que durante el clásico medio y tardío encontró su esplendor y decadencia.

Es en el período postclásico, con la migración los grupos nahuas procedentes de México, que encontramos una cerámica con estilos monocromos, de paredes más gruesas y muchas veces con tendencias a la monumentalidad como el estilo “Las Lajas”, el cual representado en su mayoría por incensarios en los que se evidencia bastante ornamentación modelada directamente sobre la superficie de la pieza: aplicaciones en forma de discos y cónicas en formas de púas que recuerdan al tronco del árbol de Ceiba en su juventud. Recordemos que la Ceiba fue un árbol sagrado para las culturas prehispánicas ya que representaba una especie de *axis mundi* que unía al cielo, la tierra y el inframundo. En este período la cerámica constituye un aspecto importantísimo de la religión de los pueblos mesoamericanos, ya que gracias a la imaginación de los ceramistas los dioses adquieren rostro tridimensio-

nal y son identificables por los atributos que le son propios. Es así como ahora podemos conocer sus rostros, sus símbolos y hasta los sitios predilectos de estos para rendirles culto, tal es el caso de las botellas Tlaloc, en realidad vasijas en las cuales estaba modelado el rostro del dios y que por lo general se encontraban depositadas en sitios altos como las cumbres de las montañas, dada su proximidad con el agua, elemento principal del dios.

La cerámica del período postclásico posee también cierta diversidad en cuanto a estilos policromos como los tipos *Nicoya* y *policromo banderas* este último procedente de regiones mexicanas, caracterizado por su fondo rojo ocre, así como por su iconografía en la que destacan osamentas y símbolos relacionado con la guerra, actividad muy generalizada sobre todo en este período en el cual las sociedades poseen un alto grado de militarismo.

Uno de los tipos más representativos del post-clásico es el *plomizo* que se diferencia del resto

por su bicromía naranja y gris, con tonalidades verdosas y su superficies muy bruñidas. Durante el mismo período se produce otro estilo cerámico: el tipo *Marihua*, cuyas características son la decoración de pigmentación rojo ocre sobre fondo crema. Iconográficamente este estilo cerámico está compuesto de ornamentación geométrica, destacando sobre todo el uso de espirales que representan un caracol *strombus gigas* cortado transversalmente, símbolo del dios Quetzalcóatl, dios civilizador en Mesoamérica.

A lo largo del tiempo, la cerámica nos continúa hablando del desarrollo de los pueblos que se asentaron en esta parte del mundo, cuyo mensaje religioso y espiritual ha sido preservado entre engobes y pastas; así, la cerámica prehispánica constituye un valioso documento para la comprensión de estas antiguas culturas, y es un testigo de sumo interés polivalente a diversas ciencias sociales y humanísticas, interesadas en entender el desarrollo humano.

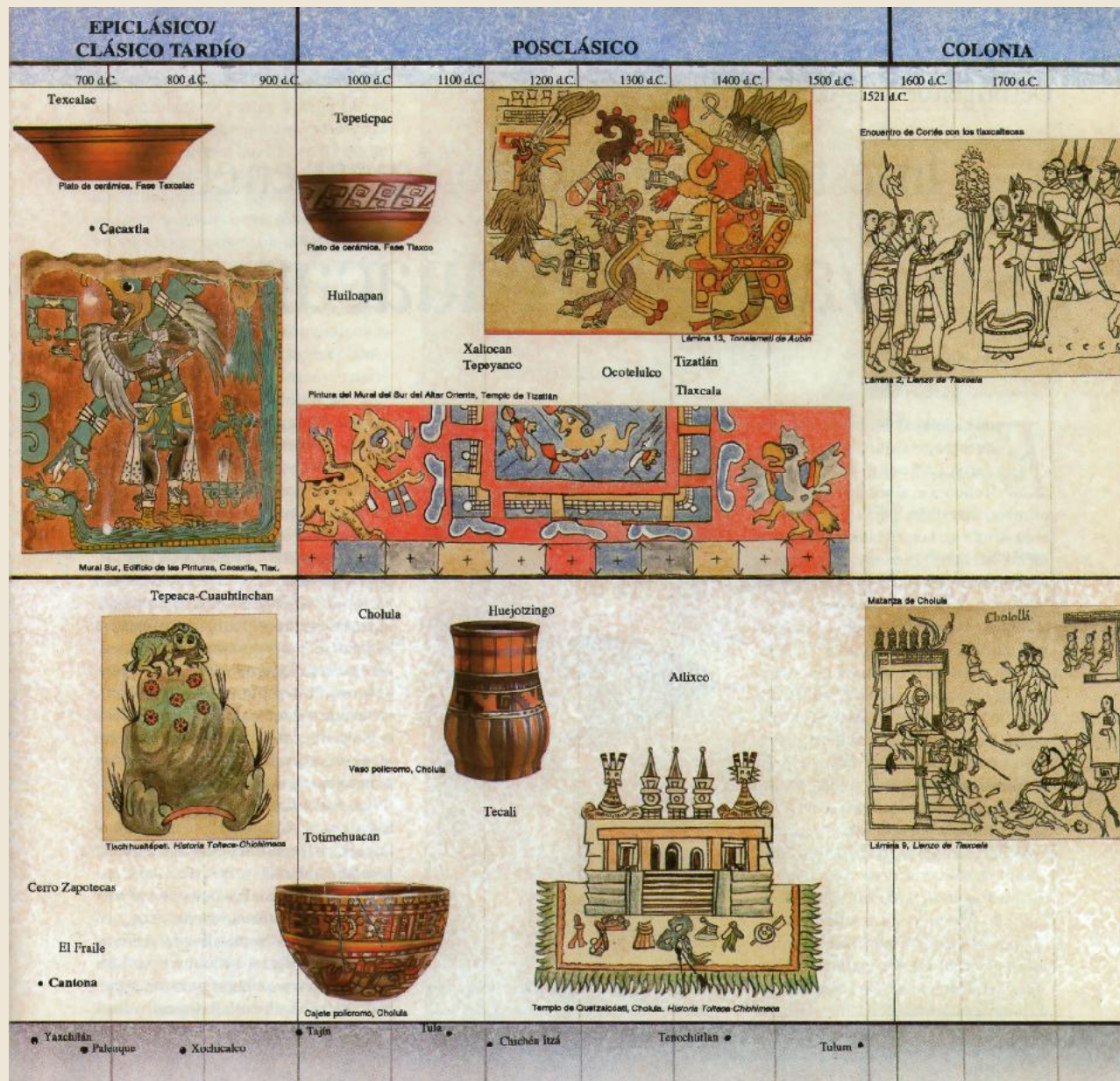
Leonardo Regalado,

Museógrafo

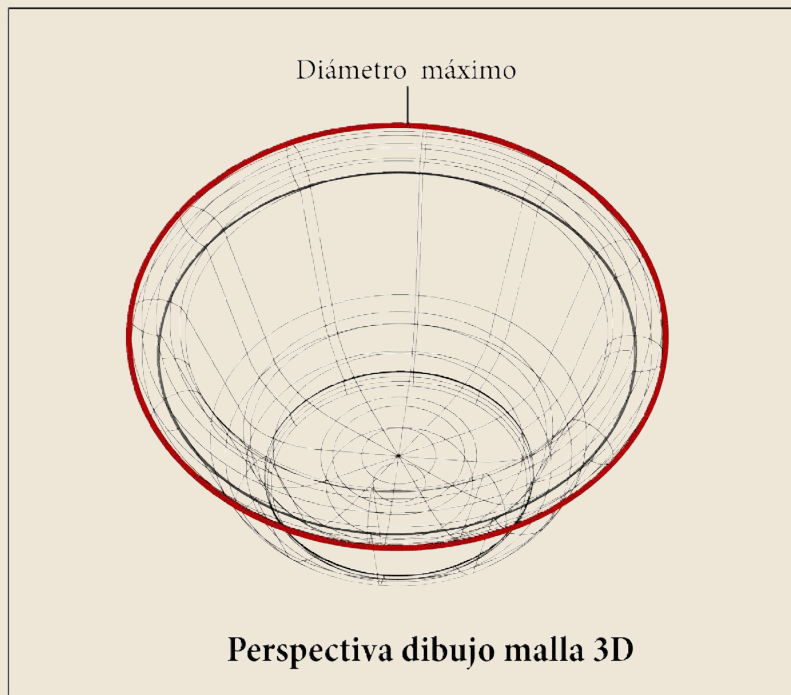
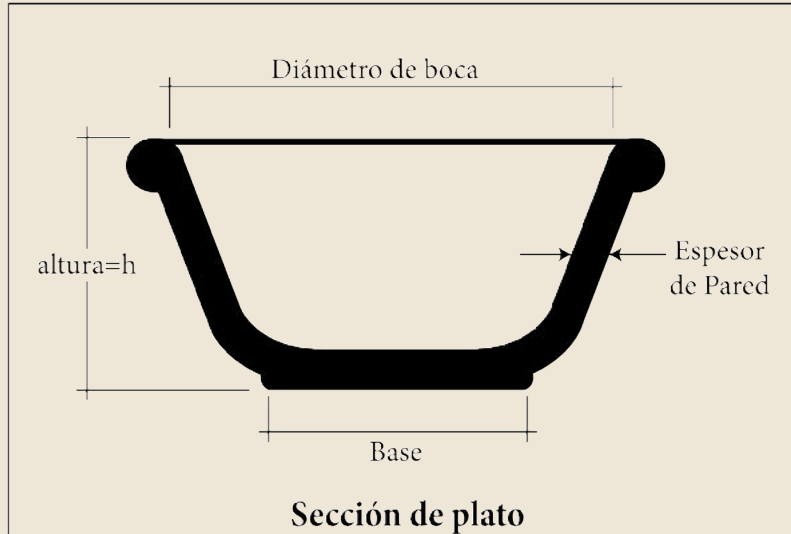
Museo Universitario de Antropología, MUA.

Universidad Tecnológica de El Salvador.

Linea del tiempo período postclásico



Dimensiones



Período:	postclásico
Alto máximo:	21.5 cm
Ancho máximo:	12.98 cm
Espesor de paredes:	0.68 cm
Peso:	2.0 lb (32 oz)

Vasija cerámica monocroma popularmente llamada “botella Tlalóc” con el rostro del dios de origen mexicano llamado Tlalóc, deidad de la lluvia y el agua, patrono de los agricultores. Se le representaba con una especie de anteojos formado por dos serpientes entrelazadas, cuyos colmillos se convertían en la fauces del dios. Su vestimenta estaba manchada de gotas de hule que simbolizaban las gotas de lluvia. El rostro ha sido modelado directamente sobre el cuerpo de la vasija.



Tlalóc

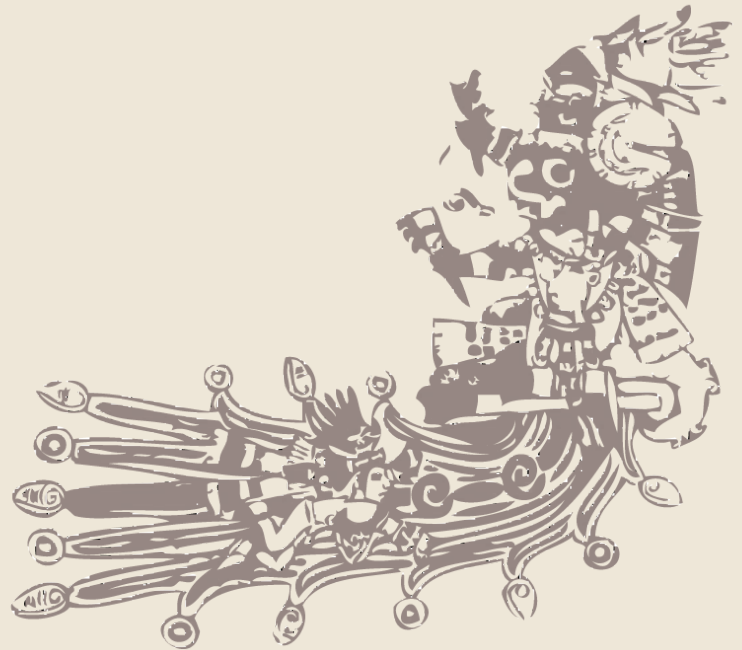


Período:	postclásico
Alto máximo:	14.6 cm
Ancho máximo:	13.21 cm
Peso:	1.6 lb (36 oz)

Figurilla monocroma zoomorfa que representa a un batracio (sapo) con sus dos patas traseras flexionadas, la cabeza se muestra levantada exhibiendo la lengua de fuera clamando por lluvia. Posee en su espalda aplicaciones en modelado que representan listones amarrados a su cuello y cayendo por su dorso.



Vista frontal



Tlaloc



Período:	postclásico
Alto:	15.7 cm
Ancho máximo:	9.22 cm
Peso:	1.3 lb (21oz)

Figurilla monocroma que representa a un anfibio (sapo), con la cabeza viendo hacia arriba clamando por lluvia y las patas delanteras erguidas y adosadas al cuerpo, mientras que las patas traseras se muestran flexionadas. Posee una ornamentación aplicada en modelado directamente sobre la superficie, y representa un collar del que cuelgan sonajas en su pecho y listones en su dorso. Los anfibios estaban asociados al dios Tláloc, deidad de las aguas, que tuvo una presencia muy fuerte en el período postclásico.



Vista frontal



Tláloc



Período:	postclásico
Alto máximo:	22.9 cm
Ancho máximo:	18 cm

Figurilla monocroma tipo mazapán que representa a una mujer con un tocado compuesto por dos figuras triangulares simétricamente ubicadas, posiblemente son la representación de montañas. Posee ornamentación corporal (orejeras e indumentaria propia del período postclásico (una especie de huipil o quechquémitl y una falda); tiene en sus manos lo que podrían ser mazorcas de maíz. Probablemente sea una representación de la diosa Chicomecóatl, antigua diosa de la tierra, y, por ende, de la fertilidad y la agricultura.



Representación de dos mujeres recolectando frutos



Chicomecóatl, diosa de la tierra, de la fertilidad y agricultura



Período:	postclásico
Alto máximo:	18.9 cm
Peso:	1.8 lb (12 oz)
Ancho máximo:	9.56 cm

Figurilla monocroma antropo-zoomorfa modelada que representa a Mictlantecutli, dios de la muerte, cuyo nombre significa “Señor del Mictlán”, es decir, jefe del lugar donde descansaban los muertos. Presenta una decoración modelada que consiste en un collar con sonajas que cuelgan de este, así como decoración corporal (orejeras); la cabeza, que representa un cráneo antropomorfo, está unida a un cuerpo que posiblemente sea el de un ave, según se observa una cola compuesta por plumas ubicada en su parte anterior.



Vista lateral y posterior

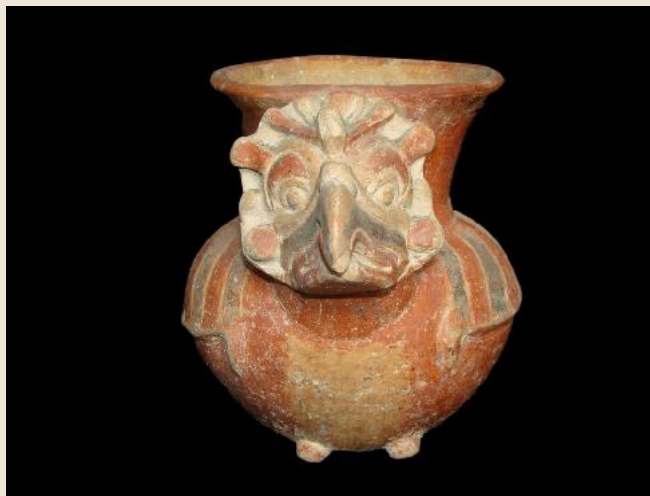


Mictlantecutli



Período:	postclásico
Alto:	13.9 cm
Diámetro de boca:	9.91 cm
Diámetro máximo:	42 cm
Espesor de paredes:	0.68 cm
Peso:	1.39 lb (13.9 oz)

Vasija polícroma (rojo ocre, negro sobre ante) de base plana con soportes en forma de botón, y paredes curvo convergentes y cuello de paredes curvo divergentes. Posee una asa que tiene una representación zoomorfa de una ave, probablemente un águila, dado lo curvo de su pico. Presenta decoración incisa y aplicaciones modeladas alrededor de su cuerpo.



Vista frontal

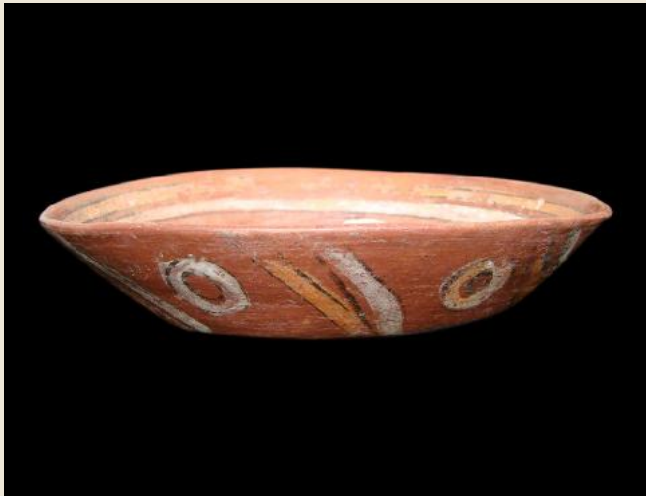


Representación del águila



Período:	postclásico
Alto:	5.1 cm
Diámetro de boca:	21.3 cm
Diámetro máximo:	68 cm
Espesor de paredes:	0.44 cm
Peso:	0.92 lb (13.2 oz)

Plato tipo polícromo banderas, de base plana y paredes recto divergentes. En su interior presenta una decoración pictórica zoomorfa, sobre fondo rojo ocre, que representa la cabeza de una serpiente, en trazos delineados con color negro y rellenas en colores naranja y crema. En su exterior tiene una decoración consistente en barras y círculos tratada siempre en los mismos colores.



Vista frontal con decoración de barras y círculos



Quetzalcóatl



Período:	postclásico
Alto:	7.9 cm
Diámetro de boca:	16.6 cm
Diámetro máximo:	55.7 cm
Espesor de paredes:	0.6 cm
Peso:	0.88 lb (15 oz)

Plato polícromo de base plana trípode tipo nicoya. Presenta soportes cónicos huecos con sonaja y rendijas a cada uno de los lados; cada soporte tiene una policromía que representa el rostro de un mamífero (¿pezote?). El plato en su interior muestra una cubierta color crema y bandas circundantes color naranja rojizo; en su exterior presenta paredes curvo divergentes con una serie de cuatro paneles decorados con líneas verticales de color negro, blanco, naranja y rojo, con una decoración cruciforme al centro. Dicha franja de paneles esta delimitada por dos bandillas color negro.



Vista superior

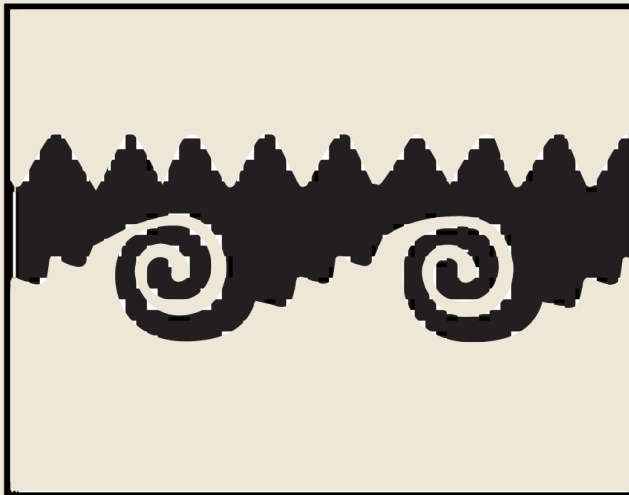


Representación del rostro de un mamífero.



Período:	postclásico
Alto:	15.3 cm
Diámetro de boca:	8.43 cm
Diámetro máximo:	44.7 cm
Espesor de paredes:	0.59 cm
Peso:	1.5 lb (22oz)

Vasija bicroma de figura compuesta, de base semiplana y paredes curvo convergentes, de cuello de paredes curvo divergentes, color rojo ocre sobre ante. Posee en sus paredes externas una ornamentación geométrica que consiste en una banda circundante compuesta por líneas espirales con líneas escalonadas en su parte inferior; y en la superior se observan triángulos. El cuello está pintado de color rojo ocre.



Patrón de ornamentación que representa un caracol



Detalle del pectoral de Quetzalcóatl, que representa un caracol cortado transversalmente



Período:	postclásico
Alto máximo:	13.3 cm
Ancho máximo:	15.07 cm
Peso:	1.5 lb (24 oz)

Fragmento cerámico monocromo que representa la cabeza de un felino. Dadas las características, como colmillos, nariz y ojos, probablemente sea la representación de un jaguar (pantera oca), felino muy extendido en Mesoamérica y bastante venerado por las antiguas culturas vernáculas de esta región por su conducta depredadora y por las manchas de su pelaje.



Vista frontal



Tepeyollotl

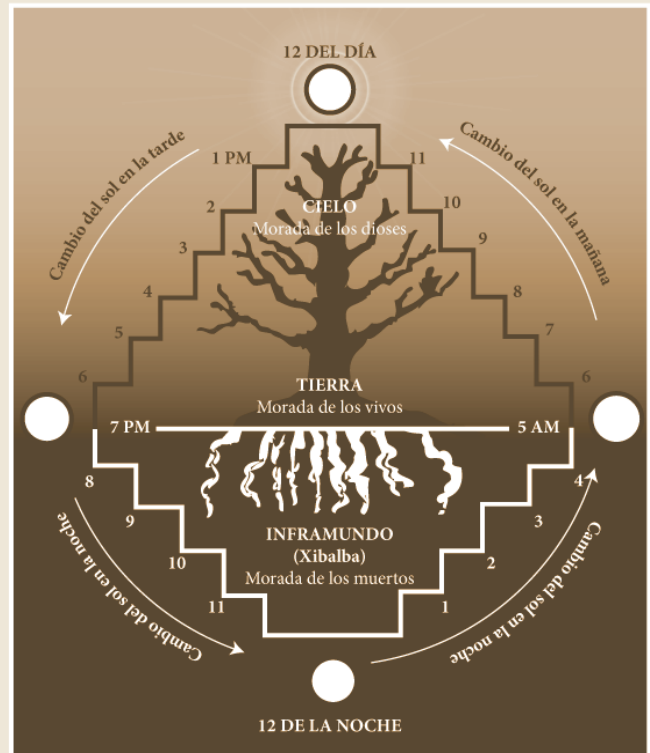


Período:	postclásico
Alto máximo:	15.3 cm
Diámetro de boca:	5.88 cm
Diámetro máximo:	51 cm
Espesor de paredes:	0.55 cm
Peso:	1.8 lb (30 oz)

Incensario con soporte cónico y paredes curvo divergentes. En el soporte presenta dos perforaciones rectangulares simétricamente ubicadas. Las paredes del incensario, en su parte superior muestra dos paneles decorados con doce aplicaciones cerámicas cónicas que recuerdan las púas del árbol de la ceiba, considerado entre las antiguas culturas como una especie de “axis mundi”, árbol que unía el cielo, la tierra y el inframundo.



Vista frontal



Representación del árbol de la ceiba como “axis mundi”

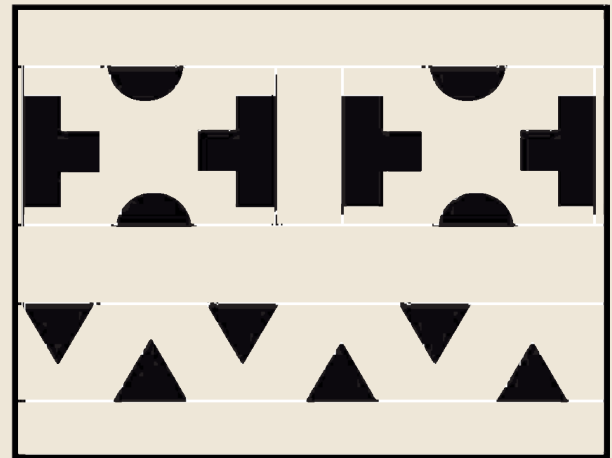


Período:	postclásico
Alto máximo:	14.4 cm
Largo máximo:	20.2 cm Aprox.
Diámetro de boca:	8.36 cm
Diámetro máximo:	37.5 cm
Espesor de paredes:	0.64 cm
Peso:	0.85 lb (13.6 oz)

Incensario polícromo trípode mixteca-puebla, de paredes curvo convergentes y boca de paredes recto divergentes; muestra una decoración calada en su cuerpo, la policromía incluye colores rojo ocre, blanco y celeste en algunas áreas. Uno de los soportes es cilíndrico y más largo que los otros dos, también cilíndricos, lo que recuerda a los genitales masculinos, y podría constituir un vestigio de algún culto fálico del pasado de los pueblos nahuas.



Vista frontal



Patrón de ornamentación geométricos calados

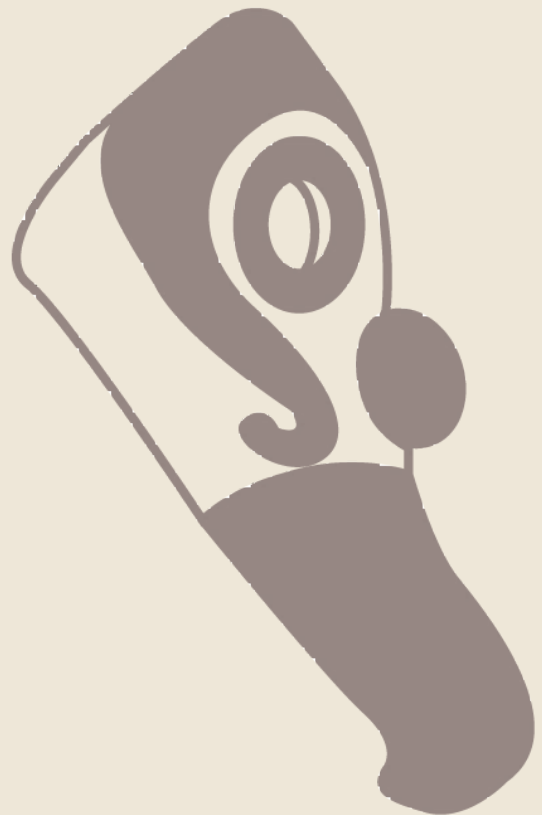


Período:	postclásico
Alto:	16.06 cm
Diámetro de boca:	19.1 cm
Diámetro máximo:	62.7 cm
Espesor de paredes:	1.21 cm
Peso:	2.3 lbs (36.8)

Plato bicromo trípode tipo marihua. De base plana y paredes curvo convergentes. Los soportes cónicos son bicromos y muestran una efigie modelada que representa la cabeza de un ave, posiblemente una garza (*ardeidae*), dado su pico largo y curvado en el ápice, así como los huecos que representan los ojos y la nariz. El plato está decorado en su parte superior con una banda circundante compuesta por elementos geométricos (greca).



Vista superior

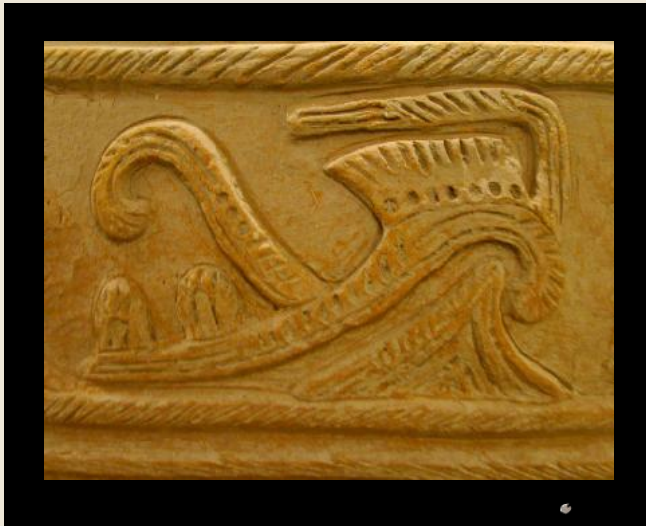


Detalle de los soportes del plato que representa un ave.



Período:	postclásico
Alto:	72.4 cm
Diámetro de boca:	49.5 cm
Diámetro máximo:	230 cm
Colección:	MUA, Utec

Urna funeraria monocroma de base plana y paredes curvo convergente, fragmentada en su parte superior, boca. En su parte media muestra una ornamentación compuesta por una franja en relieve con decoraciones geométricas que simbolizan la montaña, el agua y plantas de nopal, plantas propias de ciertas latitudes de México.



Detalle de aplicación en relieve representando las montañas, agua y plantas



Una costumbre extendida en el postclásico fue la de cremar los cadáveres y depositar sus restos dentro de las urnas.

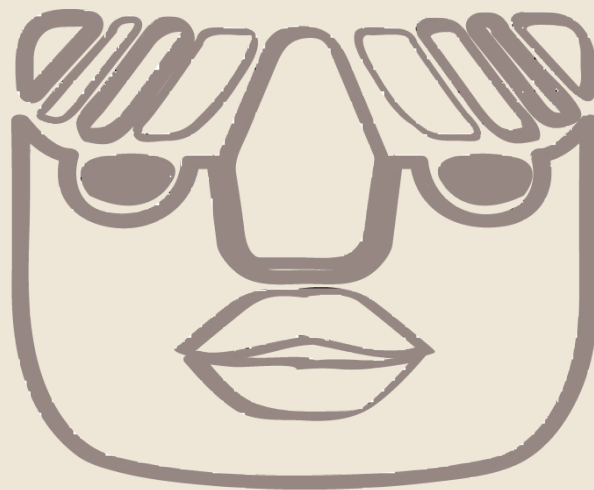


Período:	postclásico
Alto:	29.1 cm
Diámetro de boca:	50.7 cm
Diámetro máximo:	1.59 cm
Espesor de paredes:	1.45 cm

Gran incensario monocromo de base plana, paredes recto divergentes, y presenta tres perforaciones en su base de manera que forman un triángulo. En su exterior exhibe una pestaña labial de reborde plano, en seguida se observa una franja con aplicaciones en forma de discos, a lo que sigue una pestaña medial de perfil cuadrado. En su parte media presenta una especie de rostro antropomorfo modelado directamente sobre la superficie del incensario. Exhibe también una pestaña basal que se encuentra fragmentada en uno de sus lados.



Detalle



Rostro antropomorfo modelado



Período:	postclásico
Alto máximo:	25.2 cm
Diámetro máximo:	55.7 cm
Espesor de paredes:	2.71 cm

Posible fragmento (soporte) de incensario de tipo Las Lajas; monocromo propio del postclásico, que se caracterizaba por paredes cerámicas con un gran espesor, así como por la monumentalidad de las piezas y la aplicación de pestañas labiales, mediales y basales, junto a la aplicación de discos en bandas circundantes.



Vista superior

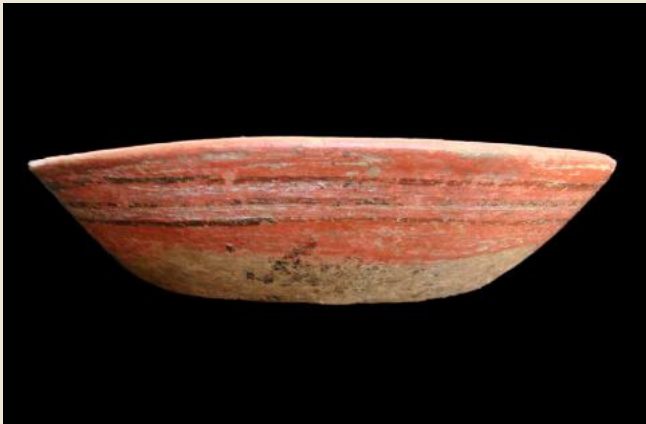


Detalle de aplicación en relieve



Período:	postclásico
Alto máximo:	3.62 cm
Diámetro de boca:	17.9 cm
Diámetro máximo:	59.2 cm
Espesor de paredes:	0.48 cm

Plato polícromo tipo banderas de base plana y paredes recto divergentes. Presenta en su interior una decoración polícroma compuesta por un dibujo en colores blanco y contorneado con líneas negras de lo que parece ser un esqueleto de un mamífero depredador, dado el largo de las fauces y la presencia de colmillos; está rodeado por una bandilla circundante de colores blanco y negro. Las paredes tienen una banda circundante en la cual se inscriben figuras geométricas siempre en color blanco.



Vista frontal





Período:	postclásico
Alto:	3.8 cm
Diámetro de boca:	14.54 cm
Diámetro máximo:	48 cm
Espesor de paredes:	0.91 cm
Peso:	200 gr

Plato polícromo banderas de base plana y paredes recto divergentes. En su interior presenta una ornamentación geométrica que consiste en líneas rectas que convergen al centro alternándose con segmentos de líneas curvas, en colores negro y blanco sobre fondo rojo ocre. En las paredes interiores presenta una banda de nueve puntos distribuidos en toda la circunferencia del plato, junto con bandillas circundantes color negro. Este diseño recuerda al símbolo del *Ollin*, característico de la cultura nahuat del período postclásico.



Vista frontal



Diseño recuerda al símbolo del Ollin “movimiento”. Nahuas; el jeroglífico está formado por dos bandas, una roja y la otra azul entrelazadas.



Créditos

Coordinación general:
Ramón D. Rivas

Diseño Gráfico:
Rita Araujo de Meléndez

Fotografía:
Rita Araujo de Meléndez

Museografía:
Leo Regalado
Rita Araujo de Meléndez

Conservación:
Leo Regalado
Márgara Morán
Horacio González

Revisión texto
Noel Castro

Apoyo Administrativo:
Ana Dinorah de Benítez
Ivan Gómez

Agradecimiento especial a:
Don José Luis Cabrera Arévalo

Impresión:
Tecnoimpresos, S.A de C.V

Universidad Tecnológica de El Salvador
Museo Universitario de Antropología, MUA

San Salvador, 17 de octubre de 2012



